



[www.loqueleo.es](http://www.loqueleo.es)

© Texto: 2019, Ana Campoy  
© Diseño e ilustraciones: 2019, Álex Alonso  
© De esta edición:

2025, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-587-4

Depósito legal: M-23374-2024

Printed in Spain - Impreso en España

Segunda edición: enero de 2025



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**Ana Campoy**

# **FAMILIA A LA FUGA**

**CERRADO POR  
FANTASMAS**

**Ilustraciones de Álex Alonso**

loqueleq



## LORENZO

Padre de los F.

Amante de la tranquilidad y de su familia. Lástima que MANDÍBULA quiera acabar con las dos cosas.

## NORMA

Madre de los F.

Artista del marketing y de los castigos creativos. Sus altas capacidades de organización han salvado a su familia de muchas situaciones complicadas.



## GINEBRA

Abuela de los F. Es la persona más exótica que puedas hallar en este expediente. Su lista de cualidades es demasiado larga como para reunirlos en esta ficha. Esconde más secretos de los que imaginas.





## MAYA

Hija mayor de la familia F.  
Fanática de la lectura y aspirante a actriz. Cada nueva identidad es un reto para ella.

## LUCAS

Hijo mediano. Tan optimista que se sale de la gráfica. Es capaz de adaptarse a cualquier situación. Alucina con los dispositivos de la AAA y sueña con que le dejen usarlos algún día.



## FIONA

Hija pequeña. Odia las injusticias y que le digan lo que tiene que hacer. Lleva fatal lo de cambiar de identidad; la que tenía antes le gustaba muchísimo.





Para Cristina Macía,  
la reina en el Norte.



# CAPÍTULO 1

**D**e vez en cuando tenemos que aguantarnos con cosas que no nos gustan: comer acelgas en lugar de patatas fritas, madrugar cuando lo que más apetece es remolonear en la cama o callarnos cuando sabemos perfectamente que tenemos razón. Son cosas que a veces tenemos que hacer, por mucho que no nos apetezca. Aunque si te dijera que hay asuntos peores, que a veces los problemas brotan como los champiñones, tal vez preferirías comer-te de golpe todas las acelgas. ¡Y sin rechistar!

Fíjate, por ejemplo, en lo que les pasa a los F. Supongo que los conoces de sobra. Vamos, que conoces su caso (porque conocerlos, lo que es saber quiénes son ellos, es muy difícil para cualquiera).

Los F. son testigos protegidos. Y lo son porque un día la malvada organización Mandíbula empezó a perseguirlos.



Los motivos son un poco peliagudos (y largos de contar, la verdad sea dicha). Consisten, básicamente, en que Lorenzo vio algo que no debía.

10 Verás..., ¿cómo explicártelo? La verdad es que es un poco enrevesado. Aunque bueno, sí, en resumen: Lorenzo, el padre de los F., es la única persona del planeta que ha visto el rostro de El Incisivo (el jefe de Mandíbula). Parece que a ese señor no le hace mucha gracia que alguien le haya visto la cara, y se ve que a su organización (toda esa tropa peligrosa, con los Caninos incluidos) tampoco. Por eso no hacen más que buscar a Lorenzo.

De todas formas, si necesitas saber todo lo que pasó entonces, te recomiendo que te leas *En busca y captura*, la primera aventura de los F. Ahí te cuento todo desde el principio y con todos los detalles.

Como comprenderás, vivir de un lado para otro sabiendo que alguien te persigue no es una situación demasiado cómoda. Sobre todo, después de varias identidades a tus espaldas. No sé si habrás tenido muchas mudanzas, pero te aseguro que cambiar de sitio muy a menudo es un auténtico latazo (además de una auténtica paliza para la espalda).

Los F. ya estaban un poco cansados, pero en esta ocasión que te cuento (la que nos ocupa en esta aventura) también estaban algo extrañados. La Agente Z, la responsable de su caso, se ocupaba habitualmente de trasladarlos. Siempre procuraba que la estancia de la familia fuera lo más cómoda posible. Pero, en ese momento, en el de esta aventura en concreto, no tenía tiempo para mucho protocolo.

11

La Agente Z se tomaba su trabajo muy en serio. Era una de sus normas de oro desde que había prometido su cargo en la Agencia de Asuntos Anónimos (AAA). Y por primera vez desde que había empezado su servicio (que tampoco era mucho) se veía obligada a hacer todo demasiado rápido.

—No tenemos tiempo —había dicho mientras se montaba rápidamente en el furgón para trasladar a los F.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Lucas.

Z no solía dar muchas explicaciones a sus protegidos. Sabía perfectamente que cuanto menos supieran, menos tendrían por lo que temer. Por eso metió la marcha, cerró el pico y condujo por una carretera que se alejaba hacia lo desconocido.

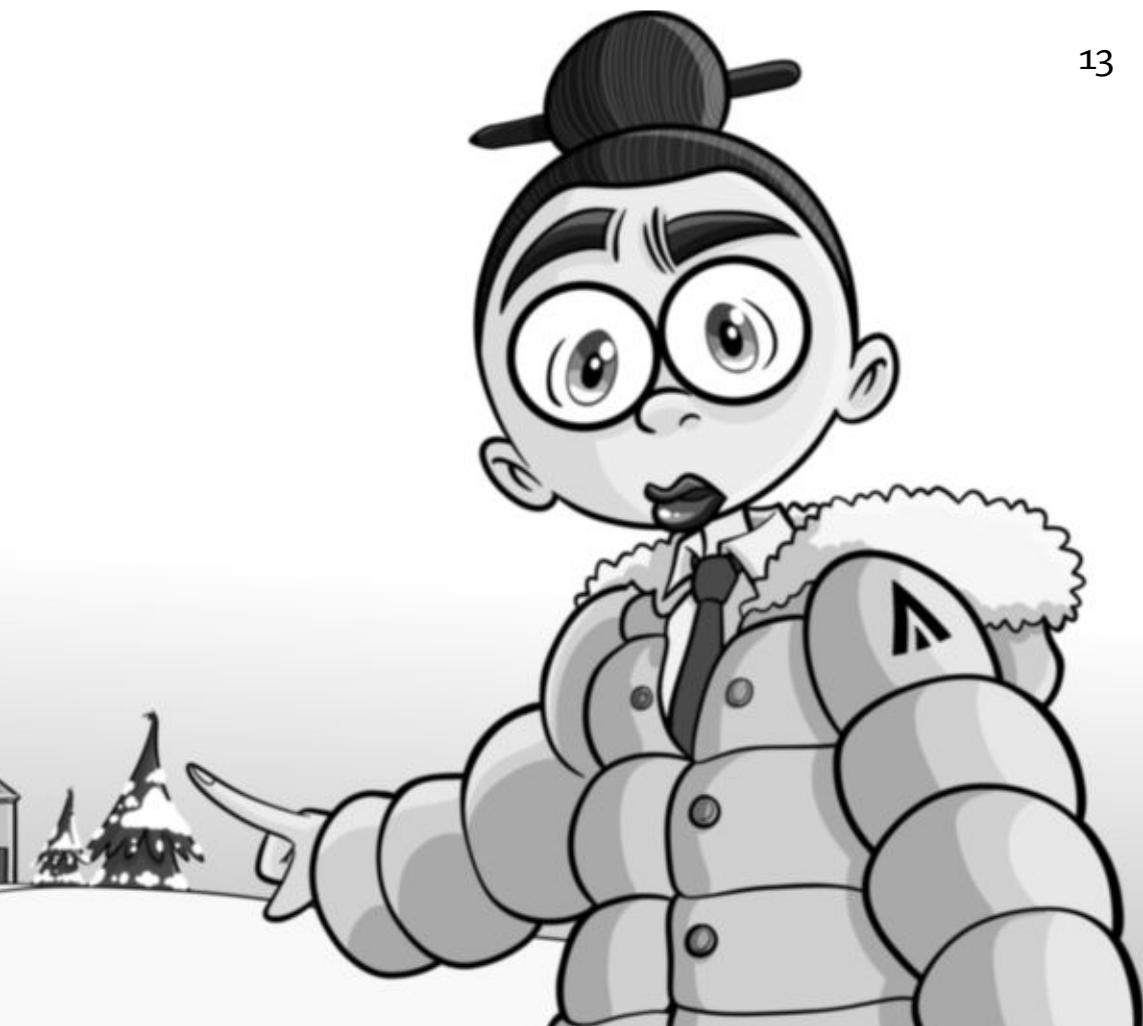


Ninguno de los F. quiso insistir mucho. Sabían que sería inútil. Cada vez conocían mejor a la Agente Z y preguntar hasta hartarla no era la mejor estrategia. Era mejor dejarla a su aire. Que soltara la información cuando le viniera en gana (o cuando buenamente pudiera, dada aquella prisa).

12 El paisaje pronto se transformó en un horizonte lleno de montañas, y las montañas pronto se transformaron en picos con nieve. Maya, Lucas y Fiona, los tres hijos F., tuvieron que hacer verdaderos esfuerzos para permanecer callados. No sé si a ti te ha pasado, pero cuando yo veo una pradera cubierta de nieve me entran unas ganas



horribles de lanzar bolas a todo el mundo. Y eso mismo les pasaba a ellos. Aunque no tuvieron más remedio que aguantarse y observar la nieve por la ventana. A través del retrovisor, podían ver la arruga que la Agente Z tenía dibujada en el entrecejo. Y, cuando eso pasaba, lo mejor era no hacer el tonto y estarse quieto.



El transporte pronto llegó a su destino. Pudieron verlo a medida que se aproximaban. Un impresionante edificio de madera, con tantas ventanas como si fuera una colmena, se extendía de derecha a izquierda en la cumbre de la montaña. La Agente Z estacionó la furgoneta y los chicos salieron de ella tan rápido que parecía que hubieran estado metidos a presión. En aquel lugar también había mucha nieve. No podían creerse su buena suerte. Aunque tuvieron que aplazar lo de lanzarse bolas. Parecía que la Agente Z se decidía, por fin, a hablar:

—Queridos F., bienvenidos al Hotel Quinto Pino (nombre en clave).\*

\*(Sí. Has leído bien. No pretenderás que te diga el nombre real de la ubicación. ¡Podría poner en peligro uno de los mejores escondites de la AAA! Lo mejor para todos es que lo denominemos por su nombre en clave: «Quinto Pino». Como comprenderás, ya hago demasiado contándote todo esto, así que no se te ocurra protestar).

Lorenzo, Norma y Ginebra (los adultos F.) observaron el edificio. Se trataba de un hotel con un piso y una

buhardilla construido con una estética algo anticuada. Los tres desearon (cada uno dentro de su cabeza) que las instalaciones fueran cómodas.

—Es un albergue de verano —explicó la Agente Z sacudiéndose la nieve de los zapatos—. Tiene una zona de termas y balneario. Pero ahora está cerrado.

Z acababa de encaminar a los F. hacia la entrada al edificio. Después de lanzar una mirada a los tres chicos, consiguió que todos la siguieran hasta el vestíbulo.

—No está nada mal... —Lorenzo elevó la mirada, pues los techos eran altísimos.

—Sí. Lo sé. Es un escondite perfecto.

La mujer los llevó hasta un pasillo donde se ubicaban las habitaciones de los empleados y la despensa. Según les explicó, el hotel tenía todo lo necesario para que su estancia fuera cómoda.

—Tienen comida suficiente para meses. Y, además, en este otro cuarto hay mantas, leña, útiles de limpieza...

—La Agente Z dejó su bolso en el suelo de la habitación y empezó a sacar bolsas con ropa de abrigo, esquís, pastillas de jabón, crema solar, sombrillas y hasta un par de palas de *ping-pong*.



Al ver todo eso, a Lucas se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja. En aquel trastero había de todo. Seguro que descubriría buen material con el que entretenerse.

—Supongo que está todo claro, ¿no? —concluyó Z—. Disculpen, pero no puedo entretenerme más. Debo marcharme cuanto antes. Hay una reunión urgente y la agencia requiere mi presencia.

16 —¡Eh, un momento! —exclamó Fiona—. ¿Y qué pasa con nuestras identidades?

—¿Su tapadera? Ah, no se preocupen por eso. No será necesario.

Los F. se miraron entre sí sin comprender. El reparto de identidades formaba parte del protocolo. No era posible que la Agente Z, tan cuidadosa como era con todos los detalles, pasara por alto aquella formalidad.

Z miró su reloj y resopló. Aunque entendió que sí era necesario dar un par de indicaciones.

—Este refugio estará cerrado durante todo el invierno —explicó—. Nadie, absolutamente nadie, pasará por aquí en esta época. Durante estos meses el hotel no recibe clientes, así que no hay de qué preocuparse. Pueden relajarse y, por una vez, ¡ser ustedes mismos!

Fiona no podía creerse que aquello estuviera sucediendo. ¡Por fin podía comportarse libremente sin necesidad de fingir ante nadie! Maya, sin embargo, se sintió un poco decepcionada. Desde que había descubierto su talento con las clases de arte dramático estaba deseando practicar con un nuevo personaje. Ahora tendría que aguantarse y quedarse en esa antigualla de hotel viendo pasar las mismas caras de siempre.

17

—Supongo que es un alivio —intervino Ginebra tras escuchar a Z—. Puede ser una época relajante. Tal vez me anime y haga un postre especial para esta noche.

—¡Qué bien! —exclamó Lucas por su parte—. ¡Nos libramos del colegio!

—Nada de eso —replicó Norma—. Aquí todo el mundo hará sus deberes.

La Agente Z apoyó esa idea. Debían practicar con ejercicios de su nivel. Al menos hasta que ella estuviera de vuelta.

—¿Y hasta cuándo permaneceremos aquí? —preguntó Maya.

—¡Eso! —apoyó Fiona—. ¿Qué hacemos si hay una emergencia?



La Agente Z miró a la niña. Fiona siempre era algo preguntona (aunque también bastante previsora, hay que reconocerlo). Decidió solucionar sus dudas.

18 —Volveré a buscarlos en cuanto pueda —explicó—. Necesito acudir a una reunión urgente. Así que, mientras tanto, confío en que no se metan en problemas. De todas maneras, hay un comunicador en el trastero. Emite en la frecuencia de la agencia. Si hay alguna emergencia, pueden avisar por ahí. Aunque ya les digo que no hay de qué preocuparse. Esto está tan alto y tan escondido que no hay ningún tipo de cobertura. Es lo más seguro, ya saben.

Los hijos F. se miraron unos a otros. Sabían que el uso de móviles y tabletas estaba prohibidísimo, pero siempre conservaban la esperanza de que en algún momento alguien levantara esa norma absurda. No hubo suerte, claro. Lucas deseó que al menos la AAA le diera un aparato superchulo a su padre. Uno en verdad alucinante. Solían hacerlo para su protección.

—No hará falta —negó la Agente Z tras volver a mirar su reloj—. Ya les digo que este es un refugio ultra-secreto. El nivel de peligro es prácticamente inexistente. No será necesario.

Lucas pensó que, dejando a un lado lo de la nieve, aquel protocolo le parecía un rollo absoluto. La llegada a un sitio nuevo siempre le ilusionaba. Tenía un poco de misterio y bastantes dosis de emoción. Por lo visto, lo más estimulante de aquel sitio sería lanzarse bolas de nieve. Menos mal que aún le quedaba por explorar el cuarto de los trastos.

—Lo único que les pido es que cuiden del hotel y de todas las habitaciones —concluyó Z—. Debe quedar en buen estado para la próxima temporada. Aunque ustedes son solo seis personas. Sé que puedo estar tranquila.

19

La Agente Z amagó una sonrisa y después suspiró. No tenía tiempo que perder. Regresó corriendo hacia el vestíbulo, lista para marcharse. Aunque cuando hubo salido por la puerta tuvo que regresar, ya que se había dejado sobre el mostrador de recepción las llaves de la furgoneta.

—No sé dónde tengo hoy la cabeza —protestó entre dientes—. Será cosa de fantasmas.

—Me parece que debería usted descansar un poco más y trabajar un poco menos —le aconsejó Lorenzo.

—Sí —añadió Norma—. Supongo que, al menos, le pagarán las horas extra...



La Agente Z miró a Norma muy sorprendida por aquella sugerencia. Aunque no dijo nada, claro. Al imaginar cuál sería su respuesta, Norma le gritó desde la entrada:

—¡Pues exíjasele a sus superiores! Todos los empleados tienen un límite.

Bien sabía ella que el estrés en el trabajo daba siempre problemas.

20

\* \* \*

—¡Mirad! ¡He encontrado una radio! —exclamó Ginebra—. ¡Podremos escuchar a otros humanos!

La verdad es que el hallazgo era todo un notición. En condiciones normales, Lucas y Fiona habrían pasado totalmente de aquel cacharro anticuado. Pero estando aislados, sin televisión y sin nada tecnológico con lo que entretenerse, el descubrimiento les pareció lo mismo que encontrar agua en el desierto.

Ginebra pulsó el interruptor de encendido. Por fortuna, la radio aún tenía pilas. Y un señor con la voz muy grave empezó a explicar lo mucho que iba a nevar durante la noche.

—Tendremos que abrigarnos —comentó Lorenzo, que llegaba de explorar la cocina—. El hotel es muy grande y aquí ya va haciendo fresco.

—Deberíamos subir un poco la caldera —sugirió Norma—. Creo haberla visto en el trastero ese.

Lucas recordó el cuartito y las palas de *ping-pong* y se ofreció voluntario para ir con su madre. Así que se pusieron a ello. La caldera era grande y parecía oxidada, pero, tras diez minutos valorando el funcionamiento, Norma consiguió subir la temperatura del aparato.

Lucas, en cambio, no logró encontrar las pelotas de *ping-pong*. Y sin ellas las palas no servían de mucho. Decidió que volvería más tarde, cuando hubiera explorado las dependencias del hotel.

El Hotel Quinto Pino (nombre en clave) era un gran edificio con largos pasillos. En la planta baja estaba el acceso al balneario (que estaba cerrado), el gran salón comunicado con la recepción y las habitaciones de servicio (que ocuparían la abuela y sus padres). Ellos, mientras tanto, se instalarían en los dormitorios de la primera planta. Tenían pinta de ser comodísimos, ya que eran los que normalmente usaban los huéspedes. También había una



especie de buhardilla. Lucas la detectó cuando habían llegado. Aunque, como no pudo averiguar el modo de subir, prefirió reunirse con Fiona e ir juntos a cotillear la comida.

En el habitáculo de la despensa, había de todo: latas de conserva, carnes en salazón, verduras congeladas... y, lo más importante, ¡decenas de botes de helado!

22 —¡Esto es un paraíso! —exclamó Fiona sacándolos uno a uno del congelador—. ¡Hay muchísimos sabores!

Lorenzo entró en la despensa. Les pidió que dejaran de armar escándalo y que le ayudaran con la cena. Poco después, todos los F. se reunieron con su plato junto a la chimenea, donde Ginebra había encendido un fuego impresionante en un tiempo récord.

—Algún día os contaré mi época en el cuerpo de bomberos —rememoró con una sonrisa nostálgica—. Conocí a gente increíble.

Fiona sonrió al oír la historia de la abuela. Siempre tenía recuerdos que recuperaba cuando le iba bien rescatarlos. Aunque era imposible conocerlos todos, claro. Ginebra tenía muchas vidas secretas.

Cuando terminaron la cena, Norma se levantó para ir a por más leña. Lorenzo fue a buscar el postre que había pre-

parado Ginebra y la abuela dijo que le acompañaría. Quería dar los últimos retoques para que fuera una sorpresa. Mientras esperaban, Lucas sugirió que contaran historias de fantasmas. Maya se negó. Aquello no era muy buena idea.

—¿No te has enterado de dónde estamos? —preguntó muy seria.

Lucas y Fiona la miraron extrañados.

—Me parece increíble que yo sea la única que se haya enterado —susurró Maya.

—¿A qué te refieres?

Lucas y Fiona se miraron entre sí. Ninguno parecía entender a su hermana mayor.

—Este hotel se encuentra sobre un cementerio antiguo —susurró Maya—. Debieron de construir el edificio años después. Justo encima.

—¿Qué dices? —preguntó Lucas.

—¡¿Eso es verdad?! —exclamó Fiona.

—Yo no me lo creo —dijo Lucas, de nuevo.

—Lo que tú digas —continuó Maya—. Pero os aseguro que es cierto.

Los tres hermanos guardaron silencio. Pero solo por un momento.



—Y tú, ¿cómo lo sabes, a ver? —insistió Lucas.

Se había cruzado de brazos y miraba a Maya desafiante.

—En vez de estar haciendo el tonto con los helados, yo me he preocupado de inspeccionar el sitio —respondió ella—. Mirad lo que he encontrado.

24 Maya sacó un papel del bolsillo. Uno similar a un mapa. Parecía que, efectivamente, la palabra *CEMENTERIO* se veía dibujada sobre la zona que, años después, ocuparía el hotel. No tenía pinta de ser ninguna broma.

Fiona abrió los ojos muchísimo. Tanto que le fue imposible pestañear. En efecto, el mapa parecía auténtico.

En ese momento, Norma llegó con la cesta de leña. Le preguntó a Maya qué estaba haciendo y que fuera lo que fuera se callara y no asustara a sus hermanos. Y Lucas dijo que él no se asustaba. Que eso era una tontería. Aseguró y requeteaseguró que no se creía nada de nada.

—Tú mismo —murmuró Maya—, pero yo que tú tendrías cuidado. Este no es buen sitio para invocar a los fantasmas.

La chica dobló de nuevo el mapa y se lo guardó en el bolsillo.

El salón pronto volvió a la normalidad. Lorenzo y Ginebra hicieron aparición llevando un postre de frutas increíble y todos se dispusieron a degustarlo acompañándolo con sirope de chocolate y un par de bolas de helado.

—Debemos aprovechar —sugirió Ginebra—. Si la nevada nos deja atrapados, podremos entretenernos en preparar cosas ricas con todo lo que hay en la despensa. ¡Será una gran suerte!

25

En el fondo todos esperaban que los deseos de Ginebra no se cumplieran. Preferían que la noche pasara rápido y que la tormenta no fuera muy fuerte. Hasta Lucas sabía que la nieve está bien para jugar con ella, pero no cuando te impide salir de casa. Fiona estaba pensando justo lo mismo. De hecho, iba a comentárselo a Ginebra cuando, de repente, algo los sobresaltó.

Un grito desgarrador, acompañado de un eco muy amplificado, recorrió los pasillos del hotel y llegó hasta el vestíbulo.

Los F. guardaron silencio (puede que por primera vez desde que llegaron). A Fiona, además, le castañetearon los dientes.

—¿Habéis oído eso? —murmuró aterrada.

